

como amo; lo refrenaba ó lo empujaba, según las necesidades de la causa; así el antiguo comerciante de aceite se convirtió en un personaje. Cuando se quedaban solos por las noches, Felicidad le decía:—Adelante y no temas; estamos en buen camino. Si esto sigue, seremos ricos; tendremos un salón igual al del jefe económico y daremos reuniones.

La casa de los Rougon era un club de conservadores, que se reunían todas las noches en el salón amarillo para declamar contra la República. Había entre ellos tres ó cuatro comerciantes retirados que temían por sus rentas y reclamaban á voz en grito un gobierno prudente y fuerte; otro, que en sus tiempos comerció en almendras, miembro del consejo municipal, M. Isidoro Grannoux, era el jefe del grupo; tenía el labio leporino, hendido á cinco ó seis centímetros de la nariz, y con sus redondos ojos y su aspecto á la vez satisfecho y asustadizo, ofrecía cierta semejanza con un ganso cebado que digiere en un saludable temor del cocinero. Hablaba poco por no poder encontrar palabras; no escuchaba ataques sino cuando se acusaba á los republicanos de querer robar la casa de los ricos, contentándose entonces con ponerse colorado hasta hacer temer un ataque apoplético, y con murmurar sordas invectivas, en las cuales resaltaban siempre las palabras «holgazanes, pillos, ladrones, asesinos.»

No todos los que frecuentaban el salón amarillo eran tan torpes de lengua como aquel ganso cebado. Un rico propietario, M. Roudier, de cara grasienta y gesto insinuante, hablaba horas y horas con la pasión de un orleanista á quien la caída de Luis Felipe sorprendió, destruyendo todos sus cálculos; era un gorrero de París retirado en Plassans, antiguo proveedor de la corte, que hizo magistrado á su hijo, contando con los

leans para que el chico escalara los más elevados puestos. Muertas sus esperanzas de resultados de la revolución, habíase hecho reaccionario en cuerpo y alma; su fortuna, sus antiguas relaciones comerciales con las Tullerías, que convertía él en amistosas inteligencias, le daban cierto prestigio, el que adquiere en una provincia todo hombre que ganó dinero en París y se digna ir á comerse al rincón de un departamento. Había algunos que le oían como á un oráculo. Pero el más claro talento de la reunión era el comandante Sicardot, suegro de Aristides; era un hércules, de rostro color de ladrillo lleno de costurones y sembrado de mechoncillos de pelo gris, y que había figurado, ó de ello presumía al menos, en el gran ejército. Cuando las jornadas de Febrero, la guerra en las calles le sacó de sus casillas; no transigía con ella: decía colérico que era vergonzoso batirse así, y recordaba con orgullo el gran reinado de Napoleón. Véase también en casa de los Rougon un personaje, con las manos húmedas y la mirada aviesa, M. Vuillet, un librero que surtía de imágenes y rosarios á todas las beatas de la ciudad. Tenía librería clásica y librería religiosa; era católico ferviente, y esto le aseguraba la clientela de muchos conventos y parroquias; vividor é ingenioso, había unido á su comercio la publicación de un periódico bisemanal, la «Gaceta de Plassans», en que se ocupaba solamente de los intereses del clero. Todos los años le costaba el diario un millar de francos, mas como era el órgano de la Iglesia, servíale de ayuda para dar salida á los cachivaches sagrados de su tienda. Era hombre poco instruído y de sintaxis dudosa, pero redactaba el periódico con una humildad y una hiel que suplía al talento. El marqués, al comenzar su campaña, comprendió el partido que podía sacar de aquella figura de sa-

cristán, de aquella pluma grosera é interesada. Desde Febrero, los artículos de la «Gaceta» con tenían menos faltas; el marqués los corregía.

Con esta concurrencia, fácil es imaginar el extraño aspecto que ofrecía todas las noches el salón amarillo de los Rougon; partidarios de todas las opiniones políticas se codeaban allí y aullaban contra la República; tenían un vínculo común el odio. El marqués, que no faltaba ninguna noche, era el encargado de dirimir alguna que otra querrela surgida entre el comandante y los otros políticos. Todos aquellos plebeyos estaban muy orgullosos de los apretones de mano que les prodigaba el aristócrata al llegar á la casa y al retirarse; sólo Roudier, librepensador de la calle de Saint-Honoré, decía que el marqués no tenía un céntimo, y que él se reía de los marqueses. Este conservaba una amable sonrisa de gentil hombre: se encanallaba con aquellas gentes, sin que un mohín despreciativo, de los que cualquier habitante del barrio de Saint-Marc se hubiese creído obligado á hacer, contrajera su rostro; su vida de parásito habíale hecho acomodaticio. En el alma de aquella agrupación; mandaba en nombre de personajes desconocidos á quienes jamás nombró.—¡Quieren esto! ¡No quieren lo otro!—decía.—Los dioses ocultos que velaban por el bienestar de Plassans desde el fondo de una densa nube sin mezclarse directamente en los negocios públicos, debían ser ciertos curas de la localidad y los grandes políticos del país. Cuando el marqués pronunciaba aquel *ellos* misterioso, que tanto gran respeto inspiraba á la reunión, Villenave confesaba, con su actitud hipócrita, que los conocía perfectamente.

La persona más dichosa de todos los concurrentes era Felicidad. Por fin tenía gente en su salón; la verdad es que la vejez de su mobiliario le causaba

cierta vergüenza, pero se consolaba pensando cuán rico sería el que adquiriese cuando triunfase la buena causa. Ella y su marido habían tomado en serio su realismo; Felicidad llegaba hasta asegurar, cuando Roudier no estaba presente, que la monarquía de Julio era la causa de que ellos no hubieran hecho negocio en su comercio de aceite; así daba carácter político á su pobreza. Para todos tenía una frase ó un gesto cariñoso, hasta para Granoux, á quien despertaba todas las noches inventando alguna manera de hacerlo sin ofenderle, á la hora de retirarse.

El salón, aquel nido de conservadores de todos los partidos que diariamente admitía algún nuevo adicto, adquirió gran influencia; por la diversidad de sus elementos, y sobre todo por el impulso que recibía del clero, llegó á ser un centro reaccionario que irradiaba sobre todo Plassans. La táctica del marqués, que se ocultaba, hizo mirar á Rougon como jefe del bando; las reuniones se verificaban en su casa y esto bastaba á los ojos de los que no ven claro para colocarle á la cabeza del grupo y que se fijase en él la atención. Le atribuyeron, pues, todo el trabajo; creyósele el principal agente de aquel movimiento, que poco á poco atraía al partido conservador á los entusiastas republicanos de la ciudad.

Hay circunstancias que favorecen á los que menos tienen que perder, y que les permite fundar su fortuna en donde hombres mejor acomodados y más influyentes no se atreverían á arriesgar la suya. Seguramente Roudier, Granoux y otros, por su posición de hombres ricos y respetados, parecían los indicados para obtener la jefatura de aquella agrupación; pero ninguno de ellos hubiera querido convertir su casa en centro político; sus convicciones no alcanzaban hasta comprometerse abiertamente; en suma, no eran más que

charlatanes, comadres de provincia, que se contentaban con chismorrear contra la República en casa de un vecino, cuando éste cargaba con la responsabilidad de su chismografía; la partida parecías demasiado arriesgada, y entre la clase media de Plassans sólo Rougon era capaz de jugarla, por sus apetitos insaciables, que le impulsaban á las resoluciones extremas.

En Abril de 1849, Eugenio dejó súbitamente París, y fué á pasar quince días en compañía de sus padres. Jamás llegó á saberse el objeto de aquel viaje; es de suponer que Eugenio fué á tantear el terreno en su ciudad natal para saber si podía prosperar su candidatura para representante en la Asamblea legislativa, que debía en breve reemplazar á la Constituyente; pero demasiado astuto para exponerse á una derrota, parecióle desde luego poco favorable la opinión, y se abstuvo de toda tentativa. En Plassans nadie sabía en qué se ocupaba en París. A su llegada encontrósele más delgado, y menos adormecido. le rodearon muchos, ganosos de hacerle hablar, pero se hizo el ignorante, y, sin soltar prenda, supo de todos lo que quiso. Otros más perspicaces hubiesen descubierto detrás de su aparente indiferencia vivo interés por saber y estudiar las opiniones políticas de la ciudad; parecía que sondeaba el terreno, más bien que por cuenta propia por la de un partido. Aunque renunció á sus esperanzas personales, quedóse en Plassans hasta fin de mes, y fué asiduo concurrente del salón amarillo. Desde que sonaba el primer campanillazo se sentaba en el hueco de una ventana, lo más lejos posible de la luz; allí pasaba la noche escuchando atento, con la barba apoyada en la palma de la mano derecha. Oía impasible las mayores estupideces; todo lo aprobaba con la cabeza, hasta los gruñidos de Granoux; cuando le

pedían su opinión, repetía cortésmente la de la mayoría; ni los optimistas discursos del marqués, que hablaba de los Borbones como en 1815, ni las efusiones burguesas de Roudier, que se enternecía enumerando los pares de calcetines que había vendido al rey ciudadano, parecían impacientarle, ni causarle cansancio siquiera; por el contrario, manifestábase muy satisfecho en medio de aquella torre de Babel; á veces, cuando aquellos ridículos personajes se revolvían y alborotaban contra la República, veíanse reír sus ojos sin que sus labios perdiesen su mohín de hombre grave. Su atención para escuchar y su complacencia constante le atraieron universales simpatías; lo tenían por tonto, pero buen muchacho. Cuando algún comerciante de aceite ó de almendras no podía colocar en medio del tumulto su plan para salvar la patria, si fuese el amo, se refugiaba al lado de Eugenio y le espetaba al oído su plan maravilloso; el joven Rougon movía la cabeza, como encantado de oír cosas tan bellas. Sólo Vuillet le miraba con desconfianza; aquel librero injerto en sacristán y en periodista, hablaba menos que los otros, y observaba más; había notado que de vez en cuando Eugenio cuchicheaba en su rincón con el comandante Sicardot, y se propuso oír lo que decían, pero no logró sorprender ni una sola palabra: en cuanto se acercaba, el abogado hacía un guiño al comandante, y éste callaba al punto. Desde aquellas conversaciones, siempre que Sicardot hablaba de Napoleón, sonreía con aire misterioso.

Dos días antes de partir de nuevo para París, Eugenio encontró en la avenida Sauvaire á su hermano Arístides, el cual le acompañó un poco, con la insistencia de quien busca un consejo: estaba en una gran perplejidad. Desde la proclamación de la República había mostrado viví-

simo entusiasmo por el gobierno nuevo; su inteligencia, afinada por dos años de estancia en París, veía más lejos que los cerebros embotados de Plassans; adivinaba la impotencia de legitimistas y orleanistas, mas sin alcanzar quién sería el tercer ladrón que vendría á robar á la República. Jugando el todo por el todo, habíase puesto de parte de los vencedores, renegando en público de su padre y llamándole viejo loco, é imbécil vendido á la nobleza.—Mi madre es una mujer inteligente —añadía.— Nunca la hubiese creído capaz de empujar á su marido hacia un partido cuyos ideales son quiméricos; van á acabar de quedarse en la miseria. Pero las mujeres no entienden de política.—El quería venderse lo más caro posible; desde el primer instante, su táctica fué olfatear bien, para ponerse al lado de aquellos que pudieran recompensarle con magnificencia el día del triunfo; por desgracia, caminaba á ciegos; sentíase desorientado en aquel rincón del mundo, sin brújula, sin indicaciones precisas. Esperando que el curso de los acontecimientos le señalase una ruta segura, conservó su actitud de republicano entusiasta, que fué la primera que tomó; merced á esto, continuó empleado en la subprefectura, y hasta le aumentaron el sueldo. Ansioso de desempeñar un papel importante, decidió á un librero, rival de Vuillet, á que se asociara, y fundó un diario democrático, del cual era redactor furibundo: *El Independiente*, bajo su dirección, hizo cruda guerra á los reaccionarios; pero la corriente le llevó más lejos de lo que se propuso, y llegó á escribir artículos incendiarios que le daban escalofríos cuando los volvía á leer. Mucho criticó Plassans aquellos ataques que dirigía el hijo á las personas que se reunían en el salón de su padre. Las riquezas de Roudier y de Granoux exasperaban á Aristides, hasta el punto

de hacerle perder toda prudencia; impulsado por sus ansias de envidioso hambriento, hizose enemigo irreconciliable de la burguesía. La llegada de Eugenio le consternó; á su juicio, aquel hombre, medio adormecido siempre, era como los gatos que acechan una rata: dormía con un ojo y velaba con el otro; y he aquí que su hermano pasaba las noches enteras en el salón amarillo, escuchando religiosamente aquellos majaderos de quienes él se había burlado implacablemente. Cuando supo por las habladurías del pueblo que su hermano estrechaba la mano á Granoux y al marqués, se preguntó con ansiedad qué debía creer. ¿Se habría equivocado hasta tal punto? ¿Los legitimistas y los orleanistas tendrían probabilidades de triunfo? La duda le aterró; perdió el equilibrio, y, como suele suceder, cayó con más rabia sobre los conservadores para vengarse de su propia ceguera.

La víspera del día que encontró y detuvo en el paseo de Sauvaire á Eugenio, había publicado en *El Independiente* un terrible artículo sobre las intrigas del clero, en contestación á un suelto de Vuillet acusando á los republicanos de querer demoler las iglesias. Vuillet era la pesadilla de Aristides; no pasaba semana sin que entablasen polémica y se llenaran de injurias y groserías. En provincias, donde todavía se cultiva la periferia, las frases hechas entran por mucho en el periodismo; Aristides llamaba á su adversario «hermano Judas» ó «servidor de San Antonio», y Vuillet le trataba de feroz republicano, «monstruo ebrio de sangre, á quien surtía de alimento la innoble guillotina.» Para sondear á su hermano, Aristides, fingiendo tranquilidad, se limitó á preguntarle:—¿Has leído mi artículo de ayer? ¿Qué te parece?

Eugenio se encogió ligeramente de hombros, y

—Eres un cándido, hermano mío—respondió sencillamente.

—Entonces—gritó el periodista palideciendo,—¿das la razón á Vuillet? ¿Crees en el triunfo de Vuillet?

—¡Yo!... ¿Vuillet?...—Iba seguramente á añadir: «Vuillet es otro tonto como tú»; pero notando la palidez de su hermano, que le miraba ansioso, apoderóse de él la desconfianza, y concluyó:—¿Vuillet?... ¡No va mal!...

Al separarse de su hermano, Arístides sintióse más perplejo que antes. Eugenio debía haberse burlado de él, porque Vuillet era la persona más sucia que podía imaginarse; pero se propuso ser cauto y no ligarse antes de tiempo, para tener las manos libres si era preciso un día ayudar á un partido á estrangular la República.

La mañana misma de su partida, una hora antes de tomar la diligencia, Eugenio llevó á su padre á la alcoba, y tuvo con él una larga conferencia; Felicidad, que estaba en el salón, probó en vano á escuchar; hablaban muy quedo, como si temieran que una sola de sus palabras trascendiera al exterior. Cuando por fin salieron de la estancia, parecían muy animados. Después de abrazar á sus padres, Eugenio, cuya voz era de ordinario pastosa y lenta, dijo con vivacidad extraordinaria:

—¿Se ha enterado usted bien, padre? Ahí está nuestra fortuna: es menester trabajar con todas nuestras fuerzas en ese sentido. Tenga usted fe en mí.

—Seguiré tus instrucciones fielmente—repuso Rougon;—pero no olvides lo que te he pedido como premio de mis esfuerzos.

—Si salimos adelante, sus deseos serán satisfechos; se lo juro; además, yo lo guiaré según el aspecto de los acontecimientos. Pero nada de pá-

nico ni de entusiasmo. Obedézcame usted ciegamente.

—¿Qué habéis tramado?—preguntó Felicidad.

—Querida madre—repuso Eugenio sonriendo.—Ha dudado usted demasiado de mí para que le confíe hoy mis esperanzas, que sólo se basan en cálculos de probabilidad; necesitaría usted fe para comprenderme. Por lo demás, mi padre la enterará de todo en ocasión oportuna.—Y viendo que Felicidad se mostraba ofendida, murmuró á su oído, al darle otro beso:—Aunque has renegado de mí, tengo mucho de ti. Entenderse con muchos echaría á perder el negocio hoy por hoy. Cuando llegue la crisis, tú serás quien dirija.

Ya se iba, cuando volvió á abrir la puerta, y dijo con voz imperiosa:—Sobre todo, desconfíen ustedes de Arístides; es un atolondrado que lo echaría todo á perder. Le conozco muy bien, y sé que siempre será el mismo. Nada de piedad: si hacemos fortuna, ya sabrá robarnos su parte.

Luego que Eugenio hubo partido, Felicidad trató de sorprender el secreto que le ocultaban. Conocía demasiado á su marido para interrogarle abiertamente; le hubiera contestado con furia que el asunto aquel nada la importaba; pero, á pesar de la sabia táctica que desplegó, no supo una palabra. En aquella hora crítica en que hacía falta una gran discreción, Eugenio había elegido bien su confidente. Pedro, halagado por la confianza de su hijo, exageró aún aquella resistencia pasiva que lo convertía en una masa grave é impenetrable.

En cuanto Felicidad comprendió que nada sabría, dejó de hostigarle, pero le quedó una curiosidad muy aguda: habían hablado de un precio estipulado por el mismo Pedro. ¿Cuál era aquel precio? Esto era lo que más interés tenía para Felicidad, que se burlaba de las cuestiones polí-

ticas. Sabía que su marido debía haberse vendido caro, pero ardía en deseos de conocer bien la naturaleza del contrato. Una noche, después de acostarse, viendo á Pedro de buen humor, hizo recaer la conversación sobre las molestias de la pobreza.

—Ya va siendo tiempo de que cesen—dijo,—nos arruinamos gastando aceite y leña desde que esos señores vienen por las noches. ¿Y quién pagará luego la cuenta? Probablemente nadie.

Pedro cayó en el lazo. Sonrióse con aire de superioridad complaciente y respondió:—¡Paciencia!—Después añadió, mirándola en los ojos:—¿Te gustaría ser la mujer de un jefe económico?

La fisonomía de Felicidad se animó, y sus mejillas se pusieron de color de púrpura. Sentóse en el lecho, y palmoteando como un niño con sus enjutas manos, balbuceó:

—¿De veras? ¿Y en Plassans?

Pedro no respondió: hizo una seña afirmativa. Gozaba con el asombro de su compañera: ésta se ahogaba de emoción.

—Pero se necesita una fianza enorme. Me han dicho que nuestro vecino, M. Peirotte, tuvo que depositar en el Tesoro ochenta mil francos.

—¡Bah!—dijo el antiguo comerciante de aceite:—eso no es cuenta mía; Eugenio se encarga de todo, y hará que un banquero de París me adelante la fianza. ¿Comprendes? He elegido un puesto que produce mucho. Eugenio comenzó por hacer un gesto, y me dijo que para ocupar esa posición era preciso ser rico, que se elegía generalmente á personas influyentes; pero yo me mantuve firme, y cedió. Para ser jefe económico no hace falta saber griego ni latín; y, en último resultado, tendré un oficial que se encargue del despacho.

Felicidad escuchaba encantada.

—Ya se me alcanza lo que hacía dudar á nuestro hijo. Aquí no nos quieren bien; saben que somos pobres, y hablarán. Pero en momentos de crisis todo pasa. Eugenio quería que fuéramos á otra ciudad cualquiera; yo rehusé; quiero quedarme en Plassans.

—¡Sí, sí; aquí hemos de quedarnos!—exclamó la vieja.—¡Aquí es donde hemos sufrido, y aquí debemos triunfar! ¡Ahí! Yo aplastaré á todos esos paseantes del Mail que miran mis trajes de lana desdénosamente. No había soñado con la plaza de jefe económico. Créí que deseabas ser alcalde.

—¡Alcalde! ¡Quita de ahí! ¡un cargo gratuito!... También Eugenio me habló de la alcaldía, pero yo le dije: «Acepto, si me aseguras una renta de quince mil francos.»

Esta conversación, plagada de cifras fabulosas, entusiasmaba á Felicidad; temblaba de placer, experimentaba una especie de éxtasis. Por fin tomó una actitud reflexiva, y dijo:

—Veamos, calculemos... ¿Cuánto ganarás?

—Por de pronto, el sueldo fijo son tres mil francos, según tengo entendido.

—¡Tres mil!—contó Felicidad.

—Después hay que añadir el tanto por ciento de los recargos. En Plassans puede esto producir unos doce mil francos.

—Que hacen quince mil.

—Sí; unos quince mil francos, sobre poco más ó menos: eso es lo que viene á ganar Peirotte. Pero eso no es todo; Peirotte tiene banca y giro por su cuenta. Está permitido, y puede ser que me arriesgue, si se presenta la ocasión.

—Entonces calculemos veinte mil francos. ¡Veinte mil francos de renta!—repitió Felicidad entusiasmada.

—Pero será necesario pagar lo que nos hayan prestado.

—¿Y qué importa? Seremos más ricos que muchos de esos señores. ¿Y tienen que partir contigo la breva el marqués y los otros?

—No; todo será para nosotros.—Y como ella insistiera, Pedro creyó que trataba su mujer de arrancarle el secreto, y frunciendo las cejas, exclamó:—Basta de conversación. Es muy tarde, durmamos. Trae mala suerte hacer cuentas de antemano, y todavía no tengo el destino. ¡Sobre todo, que seas discreta!...

Apagada la lámpara, Felicidad no pudo dormir; con los ojos cerrados hacía maravillosos castillos en el aire; los veinte mil francos de renta bailaban ante ella en la sombra una danza diabólica. Vivía en una habitación lujosa de la ciudad nueva; tenía el lujo de M. Peirotte, daba reuniones y deslumbraba con su fortuna la ciudad entera. Lo que más acariciaba su vanidad era la posición oficial que ocuparía su marido; él sería quien pagase sus rentas á los Granoux, á los Roudier, á todos los burgueses que iban ahora á su casa como quien va á un café, á hablar alto y enterarse de las noticias del día. Demasiado veía la manera desenfadada con que entraban en su salón; esto había hecho que los tuviera entre los ojos; el mismo marqués, con su irónica cortesía, empezaba á desagradarla. Además triunfar solos guardando la breva para ellos, como ella decía, era una venganza que acariciaba amorosamente. Cuando todos se presentaran, sombrero en mano, en casa del jefe económico, entonces ella los humillaría á su vez. Pasó la noche dando vueltas en su mente á aquellos plácidos pensamientos. Por la mañana, cuando abrió las persianas, su primera mirada fué para las ventanas de M. Peirotte al otro extremo de la calle, y sonrió contemplando las anchas cortinas de damasco que colgaban detrás de las vidrieras.

Las esperanzas de Felicidad, al cambiar de objeto, hiciéronse todavía más violentas. Como todas las mujeres, gustaba de los misterios; el oculto fin que su marido perseguía le apasionaba más que todas las intrigas legitimistas de M. de Carnavant. Sin gran disgusto abandonó los cálculos fundados en el éxito del marqués, desde el momento que por otros medios podía su marido obtener grandes beneficios. Fué admirablemente discreta y prudente. En el fondo, vivísima curiosidad la torturaba: deseando conocer su secreto, espía los menores gestos de Pedro. ¿No estaría equivocado? ¿No les habría metido Eugenio en algún laberinto del cual saldrían más pobres que entraron? Sin embargo, sentía que la fe le animaba; Eugenio había mandado con tanta autoridad, que acabó por creer en él. En esto también influía el poder de lo desconocido. Pedro hablaba con misterio de altos personajes cuyo trato frecuentaba Eugenio en París; ignoraba lo que en la capital hacía, mientras que le era imposible cerrar los ojos ante las torpezas que Aristides cometía en Plassans. En su propio salón trataban al periodista demócrata con la mayor dureza: Granoux le llamaba entre dientes bandido, y dos ó tres veces por semana repetía Roudier:—Vuestro hijo escribe cada día más atrocidades. Ayer atacaba á nuestro amigo Vuillet con cinismo irritante.—Todos los asistentes al salón amarillo hacían coro; el comandante Sicardot hablaba pestes de su yerno; Pedro renegaba de su hijo con toda franqueza; la pobre madre bajaba la cabeza, devorando sus lágrimas; á veces sentía deseos de ponerse á gritar y decirle á Roudier y á sus colegas que su hijo, con tantos defectos, valía más que todos ellos juntos; pero podía comprometerse, y no quería perder posi-

ción tan laboriosamente alcanzada. Viendo cómo la ciudad entera trataba á Arístides, pensaba con desesperación que el infeliz estaba perdido. Dos veces le llamó á escondidas, y le exigió que hiciera algo por no disgustar á los amigos de su padre; Arístides le replicó que ella no entendía de esas cosas, y que había cometido una gran torpeza poniendo á su marido al servicio del marqués. Hubo de abandonarle con pena, mas sin el propósito firme de obligar á Eugenio á partir su presa con el pobre muchacho, al que seguía prefiriendo.

Después de la partida de su primogénito, Pedro continuó viviendo en plena reacción; nada parecía cambiar en las opiniones del famoso salón amarillo; todas las noches los mismos hombres iban allí á hacer la misma propaganda en favor de la monarquía, y Pedro seguía ayudándoles con celo de siempre.

Eugenio salió de Plassans el 1.º de Mayo; pocos días después reinaba vivo entusiasmo en el salón amarillo; comentábase la carta del presidente de la República al general Oudinot, en la cual se daba como cosa resuelta el sitio de Roma; aquella carta era considerada como un triunfo brillante debido á la actitud resuelta del partido reaccionario. Desde 1848, las Cámaras discutían la cuestión romana; tocábale á un Bonaparte ahogar una República naciente por medio de su intervención, de la cual jamás la Francia libre se hubiera hecho culpable. El marqués declaró que no era posible hacer una labor más fina en pro de la monarquía legítima; Vuillet escribió un artículo soberbio. El entusiasmo no tuvo límites cuando un mes más tarde el comandante Sicardot entró una noche en casa de Rougon anunciando que el ejército francés se batía bajo los muros de Roma; mientras los demás alborotaban

de júbilo, él fué á estrechar la mano de Pedro con significativos ademanes; después sentóse y comenzó un caluroso elogio del presidente de la República, diciendo que era el único hombre capaz de salvar á Francia de la anarquía.—Pues que la salve cuanto antes—dijo el marqués,—y que comprenda en seguida cuál es su deber, entregándola en manos de sus dueños legítimos.—Pedro fingió aprobar vivamente esta bella respuesta; mas dada esta prueba de su ardiente realismo, se atrevió á decir que el príncipe Luis Bonaparte merecía sus simpatías en aquel asunto. Sicardot le apoyó, y entre uno y otro cruzáronse varias frases entrecortadas, que parecían estudiadas y convenidas de antemano, para hacer la apología del presidente de la República.

Por vez primera entraba francamente el bonapartismo en el salón amarillo; verdad es que desde la elección del 10 de Diciembre el príncipe era tratado allí con cierta dulzura; se le prefería mil veces á Cavaignac, y todo el bando reaccionario votó por él; pero considerándole más como un cómplice que como un amigo, con desconfianza, acusándole de querer comerse solo las castañas, después de haberlas sacado del fuego. Aquella noche, sin embargo, gracias á la campaña de Roma, escucháronse con agrado los elogios de Pedro y del comandante. El grupo de Granoux y de Roudier pedía ya que el presidente fusilara á todos aquellos bandidos de republicanos; el marqués, apoyado contra la chimenea, contemplaba en actitud reflexiva un rosetón desteñido de la colgadura; cuando alzó la vista, Pedro, que parecía seguir á hurtadillas sobre su semblante el efecto de sus palabras, calló de repente; M. de Carnavant se limitó á sonreír, mirando á Felicidad y haciendo un gesto de inteligencia; aquel juego rápido pasó inadvertido para todos los bur-

gueses que los rodeaban; sólo Vuillet dijo con acre acento:—Así y todo, más me gustaría ver á *vuestro* Bonaparte en Londres que en París; nuestros negocios andarían más derechos ó irían más de prisa.—El antiguo comerciante de aceite palideció ligeramente creyendo haber ido demasiado lejos.—Yo no abogo por *mi* Bonaparte—dijo con bastante firmeza:—si yo fuese el amo de todo veríais á dónde lo mandaba; mas no por eso dejo de reconocer que la expedición á Roma es una gran cosa.

Felicidad había seguido aquella escena con curioso asombro. No volvió á hablar de ella á su marido, lo que probaba que la tomó por base de un secreto trabajo de inducción. La sonrisa del marqués, cuyo alcance no acertaba á comprender, le dió mucho que pensar.

Desde aquel día, Rougon deslizaba una frase en favor del presidente de la República siempre que había ocasión para ello; en tales casos Sicardot hacía las veces de compadre complaciente pero aún dominaba el clericalismo en el salón amarillo. Sobre todo al año siguiente, aquel grupo reaccionario adquirió una influencia decisiva en la ciudad, merced al movimiento retrógrado iniciado en París. El conjunto de medidas antiliberales que se llamó «la expedición de Roma á interior», aseguró definitivamente el triunfo del partido Rougon; los últimos burgueses entusiastas vieron la República agonizante, y se apresuraron á reunirse á los conservadores. La hora del triunfo de los Rougon había llegado; la ciudad nueva hizo casi una ovación el día que fué aserrado el árbol de la libertad, que estaba en medio de la plaza de la Subprefectura; aquel árbol, un álamo joven, traído de las orillas del Viorne, había sido secado poco á poco, con gran desesperación de los obreros republicanos, que iban cada domingo

á observar los progresos del mal, sin poder explicarse las causas de aquella muerte lenta. Un aprendiz de sombrerero aseguraba haber visto salir una mujer de casa de Rougon y verter un cubo de agua envenenada al pie del árbol; desde entonces corrió la voz de que Felicidad en persona se levantaba todas las noches para regar el álamo con vitriolo. Seco el árbol, el municipio declaró que la dignidad de la República exigía arrancarlo; temiendo el descontento de la población, escogieron una hora avanzada de la noche. Los propietarios conservadores de la ciudad nueva se regocijaron con la perspectiva de aquella fiesta política, y bajaron á la plaza de la Subprefectura para ver cómo caía un árbol de la libertad. La sociedad del salón amarillo se había asomado á las ventanas. Cuando el álamo crujió sordamente y se abatió en la sombra con la trágica rigidez de un héroe herido de muerte, Felicidad creyó deber agitar su pañuelo; la multitud aplaudió, y los espectadores contestaron. Un grupo acercóse á la ventana gritando:—¡Nosotros la enterraremos, nosotros la enterraremos!... Se referían sin duda á la República. En poco estuvo que la emoción no produjera á Felicidad un ataque de nervios. Fué aquella una gran noche para el salón amarillo.

Entretanto el marqués seguía mirando á Felicidad con su misteriosa sonrisa. Era aquel viejecillo demasiado astuto para no comprender á dónde iba Francia; fué uno de los primeros que olfateó el imperio. Más tarde, cuando la Asamblea legislativa gastaba sus fuerzas en vanas discusiones, cuando hasta los legitimistas y los orleanistas aceptaban ya tácitamente un golpe de Estado, pensó que su causa estaba del todo perdida y fué el único que vió claro. Vuillet, á su vez, comprendía que la de Enrique V, defendida por su periódico, se hacía odiosa, pero poco le

importaba; le bastaba ser hechura obediente del clero; toda su política se reducía á colocar el mayor número posible de rosarios y estampas de santos. Cuanto á Roudier y á Granoux, vivían en absoluta obscuridad y no estaban muy seguros de tener opinión política alguna; querían comer y dormir en paz; á esto limitaban sus aspiraciones políticas.

No por haber dado el postrer adiós á sus esperanzas dejó el marqués de frecuentar el salón amarillo; se divertía allí; el choque de las ambiciones, la exhibición de las tonterías burguesas habían acabado por servirle de entretenimiento. La idea de volver á encerrarse en su cuartito debido á la caridad del conde de Valqueyras, le hacía temblar; guardó con maliciosa alegría, para sí solo, la certidumbre de que no había llegado la hora de los Borbones; fingió que continuaba ciego trabajando por el triunfo de la legitimidad y permaneciendo siempre á las órdenes del clero y la nobleza. Desde el primer día adivinó la nueva táctica de Pedro, y creyó que Felicidad era su cómplice. Una noche llegó antes que los otros, y halló á ésta sola en el salón.

—Y bien, pequeña — le preguntó. — ¿Marchan bien vuestros negocios? ¡Qué diablo! ¿Por qué te empeñas en guardar inútiles reservas conmigo?

—¡Que guardo reserva! — repuso la vieja llena de curiosidad y sorpresa.

—¡Te figuras que así como así se engaña á un zorro viejo como yo! Vaya, trátame como amigo. Estoy dispuesto á ayudaros secretamente. ¡Vamos, sé franca!

Felicidad vió claro. No tenía nada que decir y podía saber mucho si callaba.

—¿Sonríes? — prosiguió M. de Carnavant. — Es el principio de la confesión. Ya me figuraba que andabas de acuerdo con tu marido; Pedro es de

masiado torpe para inventar la hermosa traición que preparáis. Deseo con toda mi alma que los Bonaparte os den lo que yo hubiera pedido para ti á los Borbones.

Estas sencillas palabras confirmaron las sospechas que Felicidad abrigaba desde hacía mucho tiempo.

—¿Verdad que es probable que el príncipe Luis gane la partida? — preguntó con viveza.

—No se lo digas á nadie; pero creo que sí — replicó riendo el marqués. — Por mi parte, ya me he puesto luto por nuestro pequeño partido. Soy un pobre viejo muerto y enterrado; trabajaba por ti; puesto que has sabido encontrar sin mí el buen camino, me consolaré pensando que con mi derrota se asegura tu triunfo. Sobre todo, nada de misterios: acude á mí si te ves apurada. — Y añadió, con la sonrisa escéptica de un noble encanallado: — ¡Bah! Yo también puedo traicionar un poco.

En esto llegaron los antiguos comerciantes de aceite y de almendras.

—¡Ah! ¡los queridos reaccionarios! — siguió en voz baja M. de Carnavant. — ¿Ves, pequeña? En política, todo el arte consiste en tener buena vista cuando los demás son ciegos. Llevas buen juego, pequeña; tienes todos los triunfos.

Al día siguiente, Felicidad, aguijoneada por esta conversación, quiso adquirir una seguridad. Eran los primeros días del año 1851, y hacía dieciocho meses que Rougon recibía cada quince días cartas de su hijo Eugenio. Encerrábase en la alcoba, las leía, y en séguida las guardaba en un viejo secreter cuya llave llevaba siempre en el bolsillo del chaleco. Cuando su mujer le hacía alguna pregunta, limitábase á responder: «Eugenio escribe diciendo que está bueno.» El sueño de Felicidad era coger las cartas de su hijo. Al otro

518 1014 1015 1016
"ALFONSO EL TERCERO"
Ardo. 1025 MONTENEX, MEXICO

día, mientras Pedro dormía, se levantó, y de puntillas, fué á sustituir la llave del secreter en el bolsillo del chaleco por la de la cómoda, que era del mismo tamaño. Después, cuando su marido salió, se encerró en el cuarto, desocupó el cajón y leyó las cartas con avidez febril. M. de Carnavant no se había equivocado y sus propias sospechas se confirmaban. Había allí unas cuarenta cartas, en las cuales pudo seguir la marcha del movimiento del partido bonapartista que debía traer el imperio; formaban una especie de diario sucinto exponiendo los hechos á medida que se presentaban y sacando de cada uno de ellos esperanzas y consejos. Eugenio tenía fe en lo que hablaba á su padre del príncipe Luis Bonaparte como del único hombre capaz de resolver la situación; había creído en él aun antes de su vuelta á Francia, cuando el bonapartismo era considerado como una quimera ridícula. Felicidad comprendió que desde 1848 su hijo era un agente secreto y muy activo. Aunque no decía claramente cuál era su posición en París, era evidente que trabajaba por el imperio bajo las órdenes de personajes que nombraba con cierta familiaridad. Cada una de las cartas explicaba los progresos del partido y hacía prever un pronto y feliz resultado; por lo común acababan fijando la conducta que Pedro debía seguir en Plassans. En aquellos tonces comprendió Felicidad ciertas frases y ciertos hechos de su marido, cuya utilidad no había comprendido. Pedro obedecía á su hijo, siguiendo ciegamente sus instrucciones.

Cuando acabó la lectura estaba convencida. Todo el plan de Eugenio parecióle claro como la luz; pensaba hacer su fortuna política en el extranjero y pagar á sus padres la deuda de su insubordinación abandonándoles un pedazo de la presa en la hora del botín. Por poco que su padre le ayu-

dara, siendo útil á la causa de Napoleón, le había de ser fácil lograr para él la plaza de jefe económico; no podían rehusarle nada á quien había intervenido en los más delicados trabajos. Sus cartas eran sencillamente una previsión suya, una manera de evitar que los Rougon cometiesen tonterías; así es que Felicidad experimentó profunda gratitud hacia Eugenio. Leyó varias veces distintos párrafos de algunas cartas, aquellos en que hablaba en términos vagos de la catástrofe final, catástrofe cuyo alcance y cuya gravedad no comprendía bien, y que se convirtió para ella en una especie de fin del mundo: Dios colocaría á los justos á su diestra y á la izquierda á los réprobos, y ella se contaba entre los elegidos. Cuando la noche siguiente consiguió volver á su sitio la llave cambiada, prometióse usar de la misma estrategia para leer cada nueva carta que llegase; pero haciendo como si nada supiera. Aquella táctica era excelente.

Desde aquel día ayudó á su marido, tanto mejor cuanto que pareció hacerlo sin conocimiento de causa. Cuando Pedro creía trabajar solo, era ella la que con más frecuencia traía la conversación al terreno deseado, y reclutaba partidarios para el momento decisivo. Le molestaba la desconfianza de Eugenio, y deseaba poder decirle después del triunfo: «Todo lo sabía, y, lejos de estropear nada, contribuí al éxito.» Jamás cómplice alguno hizo menos ruido y más labor; el marqués, á quien tomó por confidente, estaba maravillado. Lo que siempre la tenía inquieta era la suerte de su querido Arístides. Desde que tenía fe en su primogénito, los furibundos artículos de *El Independiente* le asustaban más aún. Deseaba vivamente convertir al desgraciado republicano á las ideas napoleónicas, pero no sabía cómo hacerlo de manera prudente. Acordábase de la insistencia

de Eugenio recomendándoles que desconfiaran de Arístides. Sometió el caso á M. de Carnavant, que fué del mismo parecer. «Pequeña—dijo,—en política es preciso saber ser egoísta. Convertir á Arístides y hacer de su periódico un defensor del bonapartismo sería dar un golpe rudo al partido; *El Independiente* está juzgado; su sólo título basta para enfurecer á los burgueses de Plassans. Deja que Arístides pelee, que así se forman los hombres; me parece tallado para no hacer largo tiempo el papel de mártir.

En su furor de atraer los suyos al mejor camino, ahora, que creía poseer la verdad, llegó hasta pretender catequizar á su hijo Pascual; el médico, engolfado en sus investigaciones con ese egoísmo propio de los sabios, se ocupaba muy poco de política. Cuando hacía algún experimento, podían muy bien haberse derrumbado todos los imperios sin que él se dignase volver la cabeza. No obstante, acabó por ceder á las instancias de su madre, que le acusaba de vivir como un hurón.—Si frecuentaras el gran mundo—solía decirle,—tendrías clientes en la buena sociedad. Al menos, ven por las noches á casa; conocerás á Roudier, á Granoux, á Sicardot, personas de buena posición que te pagarán las visitas á cuatro ó cinco francos. Los pobres jamás te enriquecerán.

La idea de salir adelante, de ver en la opulencia á toda su familia, era la monomanía de Felicidad. Pascual, por no disgustarla, pasó alguna velada en el salón amarillo, y se aburrió menos de lo que esperaba. El primer día se quedó estupefacto al ver el grado de imbecilidad que puede alcanzar un hombre bueno y sano: los antiguos comerciantes de aceite y de almendras, y hasta el marqués y el comandante, parecieronle animales raros, que hasta entonces no había tenido ocasión de estudiar; con ojos de naturalista contempló

sus rostros, en los cuales un gesto revelador de sus apetitos estaba estereotipado; escuchó con calma su palabrería vacía de sentido, ni más ni menos que cuando trataba de explicarse el significado del maullido de un gato ó del ladrido de un perro. Por aquel tiempo, Pascual ocupábase mucho de historia natural comparada, aplicando á la especie humana las observaciones que sobre la herencia lograba hacer en los brutos. En el salón amarillo parecía estar en una casa de fieras; estableció semejanzas entre cada uno de aquellos grotescos personajes y un animal conocido: el marqués parecía un saltamontes verde, con su cuerpo delgado y su cabeza pequeña y cuadrada; Vuillet le produjo la impresión desagradable y repulsiva de una babosa; trató con más dulzura á Roudier, hallándole gran parecido con un carnero cebado, y de igual suerte encontró que el comandante tenía mucho de un perro dogo desdentado; pero su asombro continuo era el prodigioso Granoux; pasó una velada entera midiéndole el ángulo facial. Cuando le oía balbucear alguna injuria contra los republicanos, aquellos bebedores de sangre, esperaba oírle bramar como un ternero; siempre que le veía levantarse, parecía que iba á ponerse á cuatro patas para salir del salón.—Habla, hombre; di algo—le decía su madre por lo bajo—procura hacerte clientela entre esos señores—¡No soy veterinario!—respondía al fin, sin poderse contener. Felicidad le llevó una noche á un rincón, é intentó catequizarle. Estaba muy contenta porque iba al salón con alguna frecuencia; creíale aficionado á la sociedad, no pudiendo suponer por un instante las singulares diversiones que encontraba en ridiculizar á la gente rica. Acariciaba en secreto el proyecto de convertirle en médico de moda de Plassans; bastaría con que Granoux y Roudier consintieran